



Diez años después de *Amoris laetitia*: *anunciar el Evangelio con las familias de hoy*

Encuentro del Santo Padre León XIV
con los Jefes de las Iglesias Orientales Católicas
y los Presidentes de las Conferencias Episcopales
7-14 de octubre de 2026

[Traducción de trabajo. Original: italiano.]

Las familias de hoy: realidad, belleza y desafíos

*Discernir los signos de los tiempos a partir de la experiencia de las familias
y del compromiso de la Iglesia de hoy*

Jueves, 8 de octubre de 2026

Prof. Vincenzo Rosito

«Fieles a la enseñanza de Cristo miramos la realidad de la familia hoy en toda su complejidad, en sus luces y sombras» (AL 32). Esta afirmación de *Amoris laetitia* describe no solo la perspectiva de la Iglesia sobre la familia, sino también la forma en que las ciencias sociales estudian la vida familiar. Yo mismo, como filósofo político y social, trato de estudiar a la familia como una realidad compleja, interpretando las conexiones entre las luces y las sombras de la vida familiar.

Tanto la familia como la Iglesia son realidades complejas porque son realidades relacionales. Esto significa que la vida, dentro de la familia y de la Iglesia, está hecha de relaciones que definen la identidad de cada uno de nosotros. A través de los vínculos relacionales que construimos con otras personas – ya sean madres, padres, hermanos o hermanas – nos convertimos en artífices de nuestra vida personal y, al mismo tiempo, edificamos la vida institucional de la familia y de la Iglesia.

Recientemente, en *Magnifica humanitas*, el Santo Padre nos ha recordado las palabras de San Pablo: «Que cada cual se fije bien de qué manera construye» (MH 229). La importancia de esta invitación se hace muy evidente cuando pensamos en la familia y en la Iglesia como realidades relacionales. De hecho, podríamos recordarnos unos a otros: *Que cada cual se fije bien qué relaciones construye dentro de su propia familia y dentro de la Iglesia.*

1. Hablar de familia y de Iglesia juntas: *Amoris laetitia* a la luz de *Gaudium et spes*

En los últimos diez años, en el espíritu de *Amoris laetitia*, nos hemos dado cuenta de que no basta con enumerar las principales transformaciones de la familia contemporánea. También hay que concentrarse en la relación entre la Iglesia y la familia, es decir, en las implicaciones recíprocas entre las transformaciones de la Iglesia y las transformaciones de la familia. *Amoris laetitia* explicita claramente esta perspectiva desde su inicio: «La alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia» (AL 1). Incluso desde el punto de vista estilístico, estas primeras líneas de *Amoris laetitia* remiten a las primeras líneas de *Gaudium et spes*: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo». Existe, por lo tanto, una proximidad especular entre el inicio de *Amoris laetitia* y el prólogo de *Gaudium et spes*.

Cada uno de nosotros puede observar las angustias y las esperanzas de las familias desde afuera, como si se tratara de una realidad que se presenta ante nosotros. Esta actitud puede evocar la imagen del “naufugio con espectador”. De hecho, corremos el riesgo de pensar que las transformaciones antropológico-sociales siempre les suceden a los demás. Los cambios antropológico-sociales, en cambio, nos muestran cómo las propias iglesias se transforman junto con las familias. El relato del naufragio de Pablo, en el capítulo 27 de los Hechos de los Apóstoles, nos sugiere la posibilidad de una perspectiva diferente. Pablo no es un espectador de un naufragio. Pablo no observa los problemas desde lejos. Él mismo es un náufrago que siente la necesidad de salvarse junto con la multitud de sus compañeros. Las angustias y las esperanzas de las multitudes son “familiares” para la Iglesia; son un recurso para la Iglesia, familia de Dios. Por eso, las prácticas de *formar una familia* hoy en día conciernen a las prácticas de *ser Iglesia*, familia de Dios, hoy.

Podríamos expresar esta perspectiva también a través del principio de la pastoralidad: “No hay anuncio del Evangelio de Dios sin hacerse cargo de su destinatario”. Las familias, como destinatarias del anuncio del Evangelio, ya han vivido una historia de amor con Dios; el anuncio del Evangelio ya está presente en ellas. La pastoral es, por lo tanto, un espacio en el que la Iglesia comprende lo que Dios le está diciendo a través de las familias, para que la propia Iglesia pueda comprender mejor el Evangelio y su anuncio.

En la historia reciente, para hablar de la relación entre la familia y la Iglesia hemos recurrido a algunas metáforas; pensemos, por ejemplo, en la imagen de la “familia como Iglesia doméstica” o en la de la “Iglesia como familia de Dios”. El uso teológico y pastoral de estas *metáforas* podría complementarse hoy con un trabajo teológico y pastoral sobre las *prácticas*. De hecho, las prácticas familiares nos ayudan a comprender cómo las iglesias y las familias aprenden unas de otras. Tanto la Iglesia como la familia, de hecho, aprenden también a través de las prácticas de su vida cotidiana. Tanto las iglesias como las familias, por ejemplo, acogen y acompañan mediante prácticas concretas, a través de acciones habituales y compartidas, mediante las cuales invitamos, convocamos, festejamos o celebramos.

2. La familia y los cambios antropológico-culturales: tres perspectivas metodológicas

A la luz de estas consideraciones, me gustaría plantear tres perspectivas metodológicas, que también serán útiles para el discernimiento común de estos días.

Primera perspectiva: *los cambios en la vida familiar son cambios sociales*. Como hombres y mujeres que tienen una vida familiar, nos transformamos socialmente; es decir, nos transformamos todos juntos, haciendo cosas juntos. Los cambios antropológico-culturales (AL 32), desde la perspectiva de la vida familiar, no son macrofenómenos que ocurren “por encima de nuestras cabezas”. Por el contrario, son cambios prácticos que tienen que ver con lo que hacemos “con nuestras propias manos”, a través de los gestos cotidianos. Amoris Laetitia menciona algunos de estos cambios: el individualismo exacerbado (AL 33), la cultura de lo provisorio (AL 39), las migraciones y la movilidad humana (AL 46). Para comprender estos cambios desde una perspectiva pastoral, es necesario analizarlos desde el punto de vista de las *prácticas familiares*, es decir, enfocándonos en las “acciones comunes” con las que “formamos una familia” hoy en día. Por ejemplo, para una pareja de novios jóvenes que, por motivos laborales, viven en países diferentes, las videollamadas que realizan cada noche son una “práctica” fundamental para nutrir su relación a distancia.

De esta observación surge una segunda perspectiva metodológica: *los cambios antropológico-culturales no son problemas, sino actividades humanas*. *Amoris Laetitia* nos recuerda que las relaciones familiares, incluso cuando son difíciles y dolorosas, «no son un problema, son principalmente una oportunidad» (AL 7). Todas las familias deben gestionar cambios, ya sean pequeños o grandes. Algunas transformaciones de la vida familiar dependen de los grandes procesos de cambio social y pueden tomar la forma de decisiones impuestas. Sin embargo, desde la perspectiva de las familias, los cambios antropológico-culturales no deben considerarse únicamente como problemas que hay que enfrentar, sino también como procesos concretos en los que las personas y las familias actúan, reaccionan, aprenden y desarrollan nuevos recursos.

La conversión de la mirada pastoral sobre la familia (AL 199) exige, por lo tanto, que nos esforcemos cada vez más por identificar, incluso en la vida familiar, no ante todo problemas, sino actividades humanas. Uno de mis estudiantes, proveniente de Filipinas, al escribir su tesis, analizó la definición sociológica de “cultura del desastre” aplicada a su país. Filipinas suele verse devastada por tifones e inundaciones; sin embargo, estos problemas han hecho posible que madure una cultura familiar de solidaridad, típica del pueblo filipino. Las familias filipinas saben muy bien cuáles son los gestos y las costumbres necesarios para ayudarse recíprocamente ante un problema social como un tifón.

De esta reflexión se deriva la tercera premisa metodológica: *las transformaciones sociales son oportunidades de aprendizaje*. La conversión pastoral requiere, ante todo, una “disposición para aprender” por parte de todo el pueblo de Dios, al tiempo que se enfrentan los cambios antropológico-culturales. Pensemos, por ejemplo, en cómo el uso de las nuevas tecnologías digitales está transformando los hábitos cotidianos de las familias y de la educación de los hijos. Una conciencia pastoral renovada debe ser consciente de que estamos aprendiendo a hacer cosas nuevas y de que todos estamos inmersos en un gran proceso de “aprendizaje colectivo”. Podríamos decir que las familias ya están aprendiendo cuando las iniciativas pastorales se acercan a ellas para acompañarlas. Por lo tanto, hay que escuchar a las familias, sabiendo, sin embargo, que la escucha es solo un aspecto de un proceso de aprendizaje más amplio que involucra a la Iglesia como comunidad de discípulos misioneros.

Cada uno de nosotros podría preguntarse, desde su perspectiva específica (como padre, madre, teólogo o pastor): *¿Soy capaz de reconocer y compartir con los demás al menos una cosa nueva que he aprendido a hacer, o a hacer de manera diferente, en los últimos años de mi vida familiar o pastoral?*

3. La huida a Egipto: familias e iglesias que aprenden en medio de los cambios

La familia y la Iglesia, por lo tanto, aprenden juntas en medio de los cambios. Creo que la imagen evangélica de la huida a Egipto de Jesús, José y María (Mt 2,13-23) puede ayudarnos a comprender mejor esta dinámica. Me gustaría releer este relato centrándome en tres palabras: *movilidad, violencia, sueño*.

La huida de la Sagrada Familia de Nazaret es un ejemplo de *movilidad* familiar. La primera experiencia que Jesús vive junto a sus padres es la del migrante. Nada más nacer, Jesús se convierte en extranjero en la tierra de Egipto, exactamente igual que muchas familias que abandonan nuestros países para trasladarse a otras naciones, o como muchas familias que viven como inmigrantes y extranjeras en nuestras diócesis. ¿Cómo se reconfigura la Iglesia en los contextos a los que llegan muchas familias migrantes? ¿Qué les está diciendo el Señor a las Iglesias, en este momento histórico

y a través del fenómeno de la movilidad humana, para que puedan comprender mejor el Evangelio y su anuncio?

La teóloga congoleña Josée Ngalula señala que, para los migrantes que cruzan el Sáhara africano en dirección a las costas del mar Mediterráneo, la presencia de la Iglesia toma la forma de las “iglesias domésticas”; en otras palabras, habitaciones familiares donde los discípulos del Señor son, ante todo, quienes ofrecen agua, comida y descanso a quienes están realizando un largo viaje.

Hoy en día, a través de la experiencia de las familias prófugas y migrantes, algunas comunidades cristianas se están reconfigurando como “iglesias de refugio”. De hecho, muchas iglesias sienten el llamado a adoptar la forma de una “casa de acogida” o de una “casa de familia”. Sería maravilloso que, en estos días de trabajo compartido, las iglesias que ya viven experiencias de este tipo puedan compartir los frutos y las dificultades de estas transformaciones.

La segunda palabra es *violencia*. La Sagrada Familia se convirtió en migrante porque se enfrentó a la violencia; se vio rodeada por autoridades políticas sanguinarias que matan a niños inocentes. La inseguridad que surge de la violencia social y política es una realidad preocupante que muchas iglesias deben afrontar hoy en día, en su vida cotidiana. La guerrilla armada en América Latina, las guerras civiles en numerosos países del continente africano, las pandillas urbanas en muchas ciudades europeas y asiáticas: todos estos fenómenos son un amargo pan de cada día para las familias y las iglesias que viven en estos contextos. La escalada de la violencia, no solo en su forma global y mediática de las guerras internacionales, es uno de los principales factores de transformación de la vida eclesial y familiar. El riesgo de perder la vida debido a la incertidumbre y la inestabilidad social está transformando progresivamente también las relaciones íntimas. La violencia puede devorar incluso los lazos familiares y las mismas relaciones eclesiales.

La tercera palabra es *sueño*. En el relato de la huida a Egipto, José sueña e imagina nuevos caminos hacia la salvación. En todo el mundo, las familias y las iglesias ya están soñando e imaginando un mundo mejor. Estos sueños se construyen a partir de acciones concretas y cotidianas, como las de los cónyuges Lorena Fornasir y Gian Andrea Franchi, quienes en la ciudad italiana de Trieste curan los pies de los migrantes que recorren la ruta balcánica. Soñar significa aprender nuevamente a hacer algo nuevo, en el sentido de imaginar una acción inédita, como la pastoral que cura los pies de las familias migrantes. Soñar, imaginar nuevas formas para la Iglesia, también significa renovar lo que ya hacemos. Imaginar a la Iglesia significa estar dispuestos a aprender unos de otros, mientras nos transformamos juntos, como iglesias y como familias. Si, pues, «el bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia» (AL 31), podríamos hacernos esta pregunta: *¿Qué necesitamos, entre las luces y las sombras del presente, para aprender e imaginar nuevas formas de ser familia y nuevas formas de ser Iglesia?*